

á la infancia de una orden religiosa, embellecida por las armonías de la santidad y de la ciencia. Dejemos á la espalda el mundo de las tinieblas, y busquemos la esfera de la luz para embriagarnos en sus fulgores: el corazón que no descansa en los objetos que le rodean, se complace por instinto en divisar, aunque de lejos, el espectáculo del bien. Cuando el caminante se detiene cansado á orillas del río que serpea por el valle, y ve melancólico discurrir las turbias ondas que arrastran cadáveres vegetales, no puede menos de dirigir la vista hacia la vecina montaña, de donde el agua procede, y con el pensamiento subir por su cauce, entre bosques amenos, hasta llegar al manantial purísimo de que nació. Allí admira la cuna del río, esmaltada de flores que brindan su néctar á la mariposa, y escucha los himnos de las aves hospedadas en los árboles que forman un delicioso concierto, mientras ve pasar por entre las ramas la gallarda nube que camina en silencio por el firmamento azul.

XII

El Ilmo. Sr. D. Francisco Naranjo

Pero avancemos algún tanto más, y coloquémonos en el siglo XVII. Ya en esta edad comienza la decadencia de la Orden dominicana. Amortiguado el fervor primitivo, se iba infundiendo el espíritu del mundo en las costumbres de sus hijos, y á la estrecha observancia de la regla, sucedía la vida meramente vegetativa de la celda, ó lo que es peor, la ingerencia en asuntos cortesanos y las controversias fútiles suscitadas por el espíritu de escuela. Caía en desuso la santa pobreza de los buenos tiempos, y se levantaba en su lugar el desec de amortonar tesoros: ya no basta el pan de cada día; han tomado cuerpo las necesidades, y mientras se apaga el amor de los bienes del cielo, enciéndese más y más el anhelo por los bienes inestables de fortuna. El estado de la comunidad, que representa las nuevas exigencias y el desahogo con que se cubrían, llamaba la atención: era el de la prosperidad material. Balbuena decía entusiasmado al observarla:

“Su templo, casa y su riqueza admira.”

CAPITULO DE FONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. A. R. L. I. B. R. A. R. I. O

Pero en cambio, ¡cuán lejos estaba ya del objeto primario de su instituto! Los religiosos abandonaban las misiones para aglomerarse en los conventos de las capitales; la palabra eterna carecía ya de órganos en el desierto, donde los naturales reincidían en las abominaciones de su culto sanguinario, mientras los que antes desempeñaban aquel sagrado oficio, hacían resonar los templos con sermones repulidos y amanerados, buenos para contentar el oído, pero que no arrancaban una lágrima.

Nuestra Orden volvía la espalda á los indios y hacía las paces con los opresores: divorciábase de la caridad y estrechaba afectuosamente la mano de la inquisición.

No obstante, solía aún brotar en la soledad del retiro algún nardo de regalada esencia. Dejemos por un momento el claustro de Santo Domingo, y trasladémonos á la Universidad.

Un concurso numerosísimo se apiña á sus puertas. Alabarderos hacen la guardia. La gente pugna por entrar al patio, y se agita y arremolina con rumor sordo, como el agua contenida que se esfuerza en romper el dique.

—¡Fuera!, ¡fuera! Ya no hay campo, exclama el centineia.

En efecto, el patio apenas puede contener la concurrencia, en que están representadas todas las clases, especialmente la de letrados y estudiantes. Todos conversan.

Puebla el ambiente un ruido confuso no interrumpido, como el que forma una arboleda conmovida por el aquilón. ¿De qué se trata?

Acerquémonos á aquel grupo situado junto al pedestal de una columna.

—¿Creerá su merced, señor Licenciado, que ya voy perdiendo la paciencia?

—De verdad, que ya es mucha espera.

—Como su excelencia ya vendrá bien almorzado, se le dará un ardite que nosotros estemos con el estómago vacío: cierto que la necesidad me aqueja.

—¡Pues qué, asiste el señor virrey!

—Así lo dicen.

—No lo crea vuesamerced: sobrado quehacer tiene en las casas reales.

—Diga más bien en los conventos, con los refrescos y jamaicas de las monjas.

—Y con los chismes de los capítulos de los frailes.

—Y con las nuevas de Filipinas.

—Y con el susto de que en la flota de España venga su sucesor.

—Y con los antojos de la excelentísima señora virreina.

CAROLINA ALEJANDRINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

V. A. R. L. I. B. R. A. R. I. O.

—¡Vamos! vamos, señores, punto en boca!....

—Pero á todo esto, ¿asiste su excelencia?

—No.

—¿Y la real audiencia?

—Tampoco.

—Según eso, el buen fraile no lucirá delante de lo mejor del reino.

—¡Friolera, pues nosotros!.... ¿qué no valemos, algo?

—Y la fiesta se quedará entre gente menuda.

—Y al pobre hombre de nada le valdrán sus afanes.

—Va á enfermarse de pesar.

—¡Tiene tal hipo de lucir!

—¡Silencio, mala canalla! sabed que el reverendo es un fraile humilde, que no hace alarde en público de su saber, sino por obediencia. Allá á los prelados las pullas.

—Y á vos, señor Licenciado, ¿cuánto os paga el padre por patrocinarle?

No lejos de estas personas que tan caritativamente hablaban del prójimo, se pasean en reducido trecho dos colegiales, que muestran ser teólogos.

—Ninguna oposición á cátedra de visperas ha estado más concurrida.

—Estuvo aún más la que hizo el mis-

mo padre á la de prima. ¡Oh, eso fué sobresaliente! ¡cómo nos dejó á todos satisfechos el fraile!

—Su ciencia juzgan no adquirida, mas infusa.

—Así es la verdad. Si Escaligero le hubiera conocido, no se asombrara tanto del ingenio portentoso de Pico de la Mirándula, llamándole monstruo "sine vitio," por haber propuesto defender noventa conclusiones. Nuestro teólogo en esa ocasión estuvo dispuesto á sustentar tres veces más.

—¡Tanto como eso!

—Figúrate que puesto ya en la cátedra, pidió se le asignasen puntos en toda la suma; y habiéndosele determinado, entre los que ofreció la suerte, el artículo quinto de la cuestión 71 de la "prima secundoe," dijo á la letra, de memoria, el artículo (que ya ves no es corto), y le comentó y explicó "de verbo ad verbum," y después excitó sobre él ocho cuestiones, sobre que habló con admirable erudición y magisterio por espacio de dos horas.

—¡Pues ya no es cosa!

—Y hubiera hablado mucho más, á no haberle hecho señal la universal aclamación del concurso, que atónito le cortó el hilo con esta sublime expresión: "Nunquam sic locutus est homo."

—Bien! bien! “jamás habló así hombre.” ¡Bien dicho! muy merecido!...  
¿Pero, qué es aquello?

—¡Ya vienen los doctores!

—Con los padres dominicos: ¡mira al opositor qué afable!

—Es un gran sujeto. Pero, ¿á dónde vamos á dar si queremos entrar en el aula, todos á un tiempo?

—Dí más bien: ¿cómo haremos para que quepa en ella tanta gente?

—¡Imposible!, cabrá la más principal, y “laus Deo.”

—No obstante, vamos entrando.

—Ya que fuimos llamados, procuremos ser de los escogidos.

En este momento, el gentío, que se agolpaba á la entrada del general, se abre formando calle para dejar paso á los doctores, á muchos seglares distinguidos, á las religiones, y entre ellas á la de Santo Domingo, á quien pertenece el opositor. No bien acaban de entrar todos, cuando invaden de golpe el local y los asientos vacíos los colegiales y demás convidados y curiosos, produciendo en el entarimado una trápala descomunal.

Gran parte de los concurrentes, que había quedado sin asiento por estar ya ocupada toda la sillería, permanece en pie á la puerta, formando un muro impenetrable, y con los semblantes vueltos á la cá-

tedra. No lejos de esta, se ven cuatro mesas con sus carpetas y recado de escribir, destinadas á otros tantos amanuenses.

Después de un momento de rumores sordos y cuchicheos, sigue un silencio general, quedando todos como petrificados en sus asientos ó en pie. Vése salir de entre los religiosos dominicos, uno de fisonomía distinguida y modesto continente, que haciendo una ligera inclinación ante los doctores, se encamina á la cátedra; mas antes de subir á ella, pone sobre un bufete ciento cincuenta y cuatro tarjetas, en que están apuntadas las principales y más difíciles materias que trata el maestro de las sentencias en sus cuatro libros, y pide se le asignen por elección ó por suerte, cuatro de ellas, para exponerlas de palabra ó por escrito.

Un murmullo general en la concurrencia, sigue á esta manifestación.

Restablecido el silencio, los que presiden el acto asignan por suerte las materias, leyéndolas en voz alta, y resolviendo que el religioso las exponga de ambos modos.

Puesto en la cátedra, implora de rodillas el divino auxilio, y saluda después al concurso con una oración latina cuyo exordio son las palabras que del angélico doctor dice la Iglesia: “De rebus di-

versis angelus inter homines, quandoque tribus, interdum etiam quatuor amenuensibus scribenda dictabat.”

Prosigue exponiendo los cuatro puntos, que siendo de materias sumamente diversas, unas de la teología escolástica y otras de la moral, las ordena y combina con tal artificio, que habla de la primera, y sin violencia alguna en las transiciones, pasa á la segunda y á las otras, volviendo después á continuar la primera, y siguiendo en las demás, de modo que en cada una habla como si fuese sola: y tanto en una como en otra, hasta que cumplida una hora, se le dice que dicte sobre las mismas materias á los cuatro amanuenses, que ya están prevenidos frente de la cátedra.

Crece la admiración y la curiosidad en los circunstantes, especialmente en los que están en pie, los cuales estrechando más y más el círculo que media entre ellos y la cátedra, procuran todos observar á los amanuenses durante la operación que va á seguir.

Toman éstos la pluma en la mano, con el rostro hacia el opositor, esperando que les hable.

Comienza dictando al primero una proposición, se la repite, y pasa al segundo dictándole otra proposición sobre distinta materia, y del mismo modo al tercero

al cuarto en diversas materias, y vuelve al primero, dictándole otra proposición concerniente á su materia, y continúa así con los otros, sin que ninguno le dé pie y le repita la proposición que antes ha escrito.

Admiran todos la prodigiosa comprensión con que tiene presentes las proposiciones que ha dictado, para continuar dictando congruentemente en cada materia, sin necesitar de que le repitan una proposición, ni confundir los asuntos; de manera que después de pasar una hora en esta operación, se leen los escritos y se hallan cuatro lecciones del todo diversas, y tan perfectas como si separadamente y con especial estudio se hubieran formado.

No pudiendo en este instante reprimir su emoción los concurrentes, victorean al opositor, tendiéndole los brazos para bajarle de la cátedra. El entusiasmo se comunica á los que se han quedado afuera, y por todas partes se oye exclamar, al son de las campanas de la Universidad: —¡Viva el señor Naranjo! ¡Viva el gran doctor y maestro! ¡Este hombre es extraordinario! ¡El hecho es milagroso! ¡No hay duda que Santo Tomás le decía lo que dictaba!

Así concluyó un acto con que el Ilmo. señor Naranjo alcanzó una celebridad á

que no aspiraba, pero que hizo famoso su nombre en toda la nación y aun en España.

Era natural de México. Estando sirviendo en la milicia espontáneamente y sin sueldo en el castillo de Ulúa y puerto de Veracruz, se pasó, con edificación de sus camaradas y amigos, al claustro de la religión de predicadores, donde en poco tiempo hizo en virtud y letras tan ventajosos progresos, que se constituyó oráculo de su provincia y asombro de la República literaria.

Fué siempre de vida muy ejemplar. El autor del Prólogo á las Constituciones de la Universidad, que es quien nos ministra estos datos, hablando de este varón esclarecido, agrega: "Sus ocupaciones continuas eran las distribuciones de su santa regla, la oración y el estudio; y así, no sólo sabía de memoria la Suma del doctor angélico, sino que estaba tan versado en todas sus obras, que á cualquiera especie que le propusiesen, respondía con palabras del santo doctor, citando fielmente el tomo y el lugar donde la trataba."

Era, sin embargo, de genio amable y festivo, procurando con esta dote velar la austeridad de su virtud y la copia de ciencia que acaudalaba. La siguiente

anécdota viene en apoyo de nuestro aserto.

Años después del acto de oposición antes descrito, los dos colegiales teólogos que tenían del señor Naranjo el concepto que se merecía, y cuyo diálogo referimos, se volvieron á juntar en la Universidad, siendo ya doctores, con motivo de una función semejante.

—¿Haces memoria de una muy lucida oposición á que asistimos cuando éramos estudiantes?

—¿Es por ventura la del señor Naranjo?

—La misma.

—¿Cómo no había de acordarme de un acto que no ha tenido hasta ahora su igual, ni creo que llegue á tenerle! ¿Y qué me dices del buen anciano?

Tan jovial como siempre: apesadumbrado porque ya no puede bailar el Puerto-Rico.

¡Cómo es eso! no te entiendo.

—Ya verás cómo sí.

—Veamos.

—¿No ha llegado á tu noticia un sonecillo que llaman el Puerto-Rico?

—No tal.

—Pues sábetelo que le hay, y muy alegre.

—Bien; ¿pero qué tiene que ver eso con el señor Naranjo?

—Mucho: ya te lo manifestaré. Días pasados fui á visitarle, y con su afabilidad acostumbrada, estrechándome la mano, me dijo:—Amigo! tenemos obispado!

—No esperaba otra cosa, le respondí, ¿y cuál?

—El de Puerto-Rico.

—¡Oh, qué me place!

—No hay gran razón para ello, volvió á decir, y después agregó, sonriendo:

Me tocan el Puerto-Rico,  
Ya que no puedo bailar lo.

En efecto, el buen fraile tenía motivos para no alegrarse de su promoción al Obispado, siendo entre otros, el que por los achaques consiguientes á su avanzada edad, no podía desempeñarle como hubiera querido. Pero en los citados versos aludía principalmente á lo poco que en su concepto le faltaba que vivir.

Su muerte, acaecida algún tiempo después, vino á justificar la verdad del presentimiento.

Mas apartemos ya la vista del cuadro que presenta la existencia del convento en lo general, y fijemos la atención en un hecho particular con ella enlazado tan íntimamente, que á primera vista parecen formar una misma entidad.

### XIII.

#### La Procesión de la Cruz Verde.

Invitamos al curioso lector á que atravesase con nosotros el espacio lóbrego de los años pasados hasta llegar al de 1649. Es la tarde del 10 de Abril. Una colgadura de nubes de color aplomado como el de las cenizas volcánicas, se extiende por la inmensa cúpula celeste, privándola de su azul diáfano y suave, y comunicándole un aspecto extraño y fatídico. El sol, que ya se va acercando al ocaso, aparece sin brillo como el ojo de un moribundo ó como un astro siglos antes esplendoroso y ahora próximo á extinguirse.

Esta fisonomía del cielo, si así podemos llamarla, tiene un sello de inmovilidad, de indiferencia ó desprecio, que pesa sobre el alma; y la vista, que involuntariamente se aparta de ella, fijase con placer en el punto del horizonte donde asoma, en medio de campo azulado, la frente del Popocatepetl descollando sobre un cúmulo de negras nubes, como se levanta la esperanza en medio de una escena de desolación.

El único indicio de vida y movimiento que se nota en los solitarios dominios del aire, viene de algunas de esas aves que

CAPITULO ALEJANDRINO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

frecuentan los lagos cercanos á México y circulan con tardo vuelo, ya bajando, ya volviendo á subir, aguardando el anochecer para tomar hospedaje en los árboles.

No así en las calles, donde se agita un inmenso concurso.

¡A la procesión! á la procesión! se oye exclamar por todas partes en diferentes tonos; aquí con voces roncadas y cascadas, allá con agudas y chillonas, y más adelante con desaforados gritos que truenan en medio de un concierto confuso de grotescas notas:—¡A la procesión de la Cruz! ¡á la procesión del Santo Oficio! ¡de Santo Domingo á la plaza del Volador! ¡á ganar las indulgencias! ¡á ganar todas las gracias!...

Estas explosiones de acentos humanos, fuertes y continuas, como son, no bastan, sin embargo, á matar la estentórea voz de las campanas de Catedral y demás iglesias, que se difunde por la atmósfera conmoviendo el ánimo como el presentimiento de alguna calamidad espantosa; el toque de rogativa es general é incesante.

Sale, entretanto, de Santo Domingo, la procesión del auto de la fe.

Asombroso es el gentío en las calles por donde ha de pasar. Dcs muros humanos se extienden paralelamente desde la pla-

zuela de Santo Domingo hasta la del Volador, ocupando las aceras de las calles de la Encarnación, Reloj y Palacio, hasta el Puente del mismo nombre. Los balcones están engalanados con infinita variedad de vistosas cortinas; en ellos, así como en las azoteas, se ven grupos de personas de ambos sexos y de todas edades y condiciones: desde el esclavo negro que platica y ríe con sus camaradas en la azotea de la casa del gran hacendado ó del oidor; desde el niño consentido y travieso que molesta á cada rato á sus padres en el balcón, indicándoles con el dedo desaseado los conocidos de la familia, que distingue entre los espectadores; desde la rica y noble señorita que no tiene otro interés ni más ahinco que descubrir allá bajo sus pies, ó en la acera enfrente al dulce imán de sus inocentes suspiros, hasta el anciano de cabellos como la nieve, que apenas logra ver formas confusas é indecisas, y la dama cincuentona, devota y arriscada á un tiempo, que así se pavonea y reverdece á la vista de un elegante caballero, como se santigua y da golpes de pecho elevando al cielo lánguidos ojos, cuando considera la desventura de los judíos y herejes que van á ser quemados vivos.

Un rumor desigual pero no interrumpido, pasea el aire, imitando el que se



produce en los bosques á los primeros empujes de un violento huracán. Verdad es que no todos los concurrentes platican, pero entre los muchos que lo hacen, se aventajan algunos por un metal de voz privilegiado. Estos sonríen, aquellos fuman en silencio ó conversan sosegadamente, los de más allá (y éstos son los elegantes de la época) clavan con descaro inaudito ardorosas miradas sobre las belladés que ilustran los balcones; por esta acera se abren camino entre las filas de curiosos, y con imponderable dificultad, algunos vendedores de golosinas, estimulando el apetito de muchachos y muchachas, y anunciando sus artículos con voz gangosa; por la de enfrente, se lanza con paso militar una falange de estudiantes, que están de asueto, atropellando por todos los obstáculos, arrollándolo todo, hasta situarse donde más les conviene, y granjeándose por ello sendas maldiciones, desdeñosas muecas, miradas centellantes de cólera, y mil otras demostraciones injuriosas de parte de los que bien colocados en su puesto, se ven precisados á dejarle violentamente.

Pero donde más carga la muchedumbre, es en las esquinas, junto á las cuales remolina, se agolpa, estruja y agita en vaivén, hasta chocar con las paredes ó con los enormes cochies, que forman en

las bocacalles como un batallón de monstruos antdiluvianos, atraídos por la curiosidad de presenciar una escena del mundo actual.

Mientras esto pasa, los clamores majestuosos y severos de las campanas no cesan, y la procesión tan ansiada atraviesa apenas, con las detenciones de costumbre, la plazuela de Santo Domingo.

Cerca de una hora se consume en esta mortal agitación, y cuando la expectativa empieza á ser para muchos un tormento insufrible, se deja oír súbitamente un murmullo, una oleada de voces, hácia la esquina de las calles del Reloj y la Encarnación, que se propaga con eléctrica rapidez mayormente por la segunda de las calles mencionadas, dando nuevo impulso á la inquietud de la concurrencia: acércase la procesión al sitio desde donde vamos á verla desfilar.

—¡ Ah! ¡vaya! ¡ bueno!

—¡ Ya estaba aburrida!

—¡ Gracias á Dios!

—¿ No se lo decía á vuesa merced?

—Pero ya estaba fastidiado de esperar.

—Esta gente anda con piés de plomo.

—Procesión de graves tortugas.

Estas y otras expresiones del mismo jaez cruzan el aire veloces como saetas, mientras todos los rostros, animados de

vivísima alegría, mezclada con sobresalto, se convierten hácia el sitio por donde en breve va á despuntar la procesión. ¡Héla allí!

Doce alabarderos de librea vienen abriendo paso.

Síguense los ministros de vara y familiares del tribunal, los comisarios, con bastones dorados, la nobleza y caballeros de órdenes militares ricamente vestidos, y por remate, el señor Don Fernando Altamirano y Castilla, conde de Santiago, que lleva el estandarte de la Inquisición, cuyas borlas sostienen dos caballeros de Calatrava y Santiago, sobrinos del Arzobispo.

Inmediatamente detrás del conde de Santiago, sigue su hijo don Juan, adelantado de Filipinas, y el alguacil mayor del Santo Oficio, don Juan Soaznábar y Aguirre.

Advertiremos de paso que la casa de los Condes de Santiago ha disfrutado siempre de la distinción de llevar en casos tales el estandarte. En efecto, si subimos hasta el primer auto celebrado en México el año de 1574, en él vemos que le saca Diego de Ibarra, caballero de la cruz de Santiago y abuelo de la condesa de Santiago, doña María de Velasco, prima y mujer de don Fernando Altamira-

no; y en 1600, que fué la segunda vez que salió el estandarte, lo sacó don Juan Altamirano, padre del citado don Fernando. Volvamos á la procesión.

Después del estandarte caminan las comunidades de religiosos mezclados entre sí, luego los consultores y calificadores del tribunal con sus insignias, después, la religión de predicadores con vela en mano, y á su cabeza el padre prior, llevando la cruz verde, que tiene tres varas de alto y dos de brazo y pendiente de uno y otro, un velo negro.

La capilla de coro de la Catedral va entonando el himno de la Santa Cruz, "Vexilla Regis," que los concurrentes escuchan con devoto recogimiento.

Pero ya comienza á entrar la noche: las luces que llevan los frailes en la mano se ven arder con más brillo; aumentan la confusión y el desorden en la muchedumbre que puebla las calles del tránsito de la procesión; y llega ésta, al fin, á la plaza del Volador, donde ya de antemano está dispuesto un tablado y un altar en que colocan la cruz y cantan las preeces y oraciones de estilo.

La construcción de este tablado se remató en basta pública en Marcos de Moya y Bartolomé Bernal, encargado de las obras del Santo Oficio, en siete mil pesos

el teatro y dos mil ochocientos ochenta la vela, á cuyas cantidades se añadieron después sumas no pequeñas, por nuevos agregados. En los tres meses que ha durado la fábrica, hubo excomuni6n para los curiosos que se acercasen á verla, aunque muchos lo consiguieron mediante licencia.

Tiene todo el teatro cincuenta y seis varas de longitud y cuarenta y ocho de latitud, sobre una altura de ocho varas. Cerca de sus cuatro ángulos se elevan otros tantos tablados, vara y cuarta más altos que el principal; dos de cincuenta y seis varas y dos de veintiocho de longitud, y todos cuatro de seis varas de anchura.

Arrimado al Convento de Portacoeli, se ve también un tablado en que se han dispuesto alojamientos para los jueces, y tiene la misma longitud de cincuenta y seis varas y cuatro y media de latitud. Para comunicarle con el convento ha sido menester romper una ventana. En la medianía, sobre una fachada, está colocado un dosel negro con las armas reales bordadas de oro; además, una mesa revestida de terciopelo negro, almohadas y sillas correspondientes, y tintero de plata para el tribunal. Ocho columnas de orden dórico jaspeadas adornan esta fachada, y en

su frontis se leen estas palabras: "Pax vobis, et ostendit eis manus et latus," que es el texto de San Juan, que ha de servir de tema al serm6n que se predicará mañana en este lugar.

Del lado de la Universidad se eleva la media naranja con asientos para los reos, sostenida por cuatro arcos decorados con los escudos de Santo Domingo, Inquisici6n y San Pedro Mártir. En el centro está colocada una cruz de verdé y oro. De esta media naranja parte una crujía hasta el centro de todo el tablado, donde se ve el asiento que será ocupado mañana por cada reo al oír su causa y sentencia, alternativamente. Frente á la media naranja está el altar para la cruz verde y dos púlpitos, uno para el serm6n y otro para la lectura de causas, comunicados ambos y con la mesa de los secretarios por crujías. Dos escaleras, una del lado de la Universidad para los reos, y otra de los Flamencos para los inquisidores, dan paso al tablado, además de otras treinta para los muchos convidados, así de corporaciones como de gente principal de ambos sexos.

Completan este adorno magníficas colgaduras de terciopelo carmesí, asientos cómodos y decentes, cien blandones de plata que sostienen cirios de cuatro pábi-

los, y una multitud asombrosa de hacheros igualmente de plata con sus correspondientes luces, todas las cuales producen una espléndida iluminación.

Terminadas las preces y oraciones, los padres dominicos despiden á las demás personas que formaban la comitiva, y se quedan ellos en el tablado para velar la cruz toda la noche.

---

XIV

Historia.

Entretanto, procuremos arrancar algunos secretos á las pasadas edades.

¿Qué significa este aparato teatral á la vez oficial y religioso, pero de carácter tan lúgubre? ¿Qué concurso de causas hizo importar de Europa á México, nación nueva y casi inculta, la institución terrible que ha preparado estos espectáculos imponentes llamados autos de fe?

La Inquisición, esto es, el tribunal instituido para descubrir y castigar la herejía y otros crímenes contra la religión; su origen, progresos, fines, tendencias y modo de obrar, son cosas de que se tiene generalmente una idea clara y exacta.

mas no así de su historia en nuestro país, y á este punto nos concretaremos.

Establecida la inquisición en España durante el reinado de los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, para la persecución y juicio de los judíos y moros, que después de haber abrazado el cristianismo le diesen la espalda volviendo á sus antiguas creencias, fué recibida con general aplauso, atendido su objeto, que era hacer la guerra á unas sectas y razas miradas con odio. Sin embargo, los abusos que á su sombra se cometieron, especialmente en el reinado de Felipe II, la hicieron acreedora á la más agria censura, sin que ésta deba moderarse por la consideración de que la gravedad del mal á que se juzgó oportuno remedio, exigía un medicamento cáustico y proporcionado. No, la conducta de Felipe en esta parte no se disculpa con que tenía que seguir una política esencialmente española, é impedir á todo trance la introducción en sus reinos de las nuevas doctrinas de la reforma protestante, que tantas guerras y disenciones habían producido en el resto de Europa; tampoco puede invocar en su abono el que la atrocidad de las penas estaba en relación con las costumbres del siglo, todavía medio bárbaro, ni hallar apoyo en la concurrencia de la